

La colocación de la primera piedra del palacio de la Biblioteca Nacional

Asistencia del Presidente de la República y de los Ministros de Estado

Discursos del Honorable señor Ministro de Instrucción y del Director de la Biblioteca señor Carlos Silva Cruz

Elocuente oración del señor don Juan Agustín Barriga, de la Real Academia Española

Una fiesta llena de severa elegancia y distinción, como todas las que organiza el Director de nuestra Biblioteca Nacional...

Los patios del claustro y, el salón se hallaban artísticamente arre-



EL HONORABLE MINISTRO DE INSTRUCCION, SEÑOR PANOR PAREDES, PRONUNCIANDO EL DISCURSO OFICIAL

El local estaba repleto de personalidades del mundo político y de las más distinguidas familias de nuestra sociedad. En seguida se firmó el acta de la colocación de la piedra fundamental...



EL Excmo. SEÑOR BARROS LUOCO COLOCA LA PIEDRA FUNDAMENTAL

El aprovechamiento de las lecciones de la experiencia, de la civilización y de la cultura humana...

Creada esta Biblioteca, cuando nuestros próceres recién habían conquistado la Independencia de la Patria...

De escaso mérito científico y literario al principio, pues era una época en que la Metrópoli por sistema...

Y si esto es verdad de los hombres, también lo es, y con mayor razón, de las naciones.

En sus primeros tiempos, la espada predomina sobre el cerebro, y el brazo ejecutor sobre el pensamiento directivo.

Este es el orden natural de las cosas. Pero un pueblo que, desde la cuna misma de su autonomía...

Abierta al público la Biblioteca de día y de noche, ha tenido en el último año una asistencia de cerca de cincuenta mil lectores...

Hago toda clase de tejidos, especialidad en cierrros de poteros, parques, jardines, gallineros, lavas para defensa de ríos...

Así también cumpliremos, al través del tiempo y de la historia, con el ideal del Gobierno de 1813...

Esas patrióticas aspiraciones, manifestadas hace un siglo por gobernantes que se adelantaban a su época...

Excelentísimo señor, señores Ministros, señoras y señores: Cuando un adolescente da sus primeros pasos en la senda de la vida...

En el dieciocho de Septiembre de 1810, reconocisteis que eráis libres y que teníais derechos...

Así hablaban los Padres de la Patria. Y como una prueba de que el plan educativo meditado por ellos...

Basta recorrer los escritos de Salas, de Martínez de Rozas, de ambos Egañas, del gran Henríquez, de Irizarri, de Gandarillas...

El enorme número de peatones de la calle del Estado llegaba hasta el frente del "monolito"...

El estudio comparativo de las instituciones políticas, el fomento de la población, la higiene y salubridad de las ciudades...

El estudio comparativo de las instituciones políticas, el fomento de la población, la higiene y salubridad de las ciudades...

El estudio comparativo de las instituciones políticas, el fomento de la población, la higiene y salubridad de las ciudades...

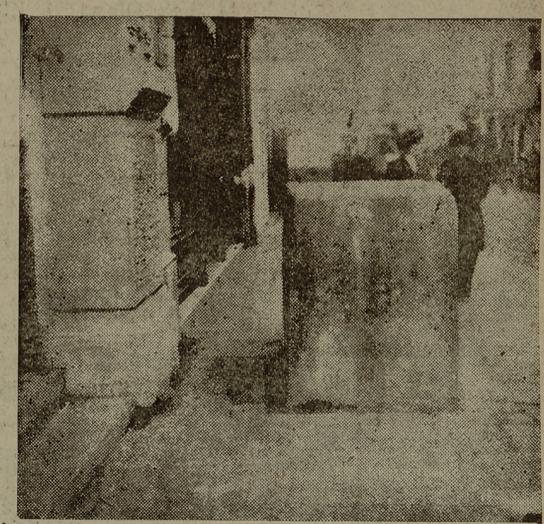
El estudio comparativo de las instituciones políticas, el fomento de la población, la higiene y salubridad de las ciudades...

El estudio comparativo de las instituciones políticas, el fomento de la población, la higiene y salubridad de las ciudades...

El estudio comparativo de las instituciones políticas, el fomento de la población, la higiene y salubridad de las ciudades...

El estudio comparativo de las instituciones políticas, el fomento de la población, la higiene y salubridad de las ciudades...

El monolito de la calle de Ahumada



Señor Alcalde: Cuando hace algunos años se levantó el edificio de la calle del Estado...

Y no era para menos: la ancha y hermosa acera se encontraba obstruida por un adosado que le sentaba tanto como a Nuestro Padre San Francisco una carabina recortada.

Entre tanto, la pelotera por el "monolito" estaba en su punto. Griaba la prensa, rugía el público, maullaba el dueño y ladraba...

El enorme número de peatones de la calle del Estado llegaba hasta el frente del "monolito"...

maldeción. Ese monolito se llevó más maldiciones que la Empresa de Tranvías...

Pero héteme aquí, señor Alcalde, que un buen día los peatones de la calle del Estado se encontraron con que el "monolito" había desaparecido...

El público, sin pararse a averiguar el procedimiento, aplaudió sin reserva al dueño, al Alcalde, a la prensa y hasta a los operarios.

¿Qué había pasado entretanto? Muy sencillo. El Alcalde de aquellos entonces...

Señor Alcalde: en la calle de Ahumada, precisamente en la mitad de la acera...

Advertisement for ZORZI & CORTESI, featuring electrical and industrial installations, and other services like fabric and wine.

BARRACA LONCOCHE

REALIZACION

MADERAS EN BRUTO

REALIZACION

Tiene para vender por pequeñas y grandes partidas aquí y en la Frontera: Raulí, Alamo, Laurel y Roble de todas dimensiones. Atiende a su clientela en su mismo local.

Teléfono Inglés 2403

Av. Vicuña Mackenna N.º 298, frente a la calle Marín

CARLOS BRIONES LUCCO, Ingeniero Civil

Actualidades

La colocación de la primera piedra de la Biblioteca Nacional

(DE LA PRIMERA PAGINA)

de Educación e Industria Popular, para formar artesanos virtuosos y hábiles, y llenar al Estado de fuerzas y virtudes pacíficas."

De este vasto plan formó parte, señores, la Biblioteca Nacional. Si no nació de hecho, instalada, completa y utilizable por el público, en los días gloriosos de la Patria Vieja, fué, por lo menos, concebida como hermosa aspiración, en la mente de los grandes pensadores y gobernantes de aquella época. Ellos, con tal objeto, publicaron en "El Monitor Araucano", el 19 de Agosto de 1813, la proclama que lleva las firmas de Pérez, Eyzaguirre y Egaña, y que debe entenderse, lógicamente, inspirada por todos los miembros de aquel Gobierno: don José Miguel Infante, don Francisco Antonio Pérez, don Agustín Eyzaguirre, don Juan Egaña y don Mariano Egaña.

Después de la Reconquista, recibió un brillante impulso moral, que circunscribe independientes de la voluntad de su autor, dejaron en la categoría de meramente platónico: los diez mil pesos, de la buena moneda de entonces, que al General San Martín ofreció el Cabildo de Santiago y que el Libertador renunció en favor de la fundación de una Biblioteca Pública.

Veinte mil volúmenes, según toda probabilidad, contaba la Biblioteca en sus anaqueles, cuando en 1823, fué abierta por primera vez al público en el edificio de la antigua Aduana de Santiago, (hoy Palacio de los Tribunales) y bajo la dirección del benemérito ciudadano don Manuel de Salas y Corvalán, su verdadero y glorioso fundador, en colaboración con el no menos glorioso padre de la Prensa Chilena, Camilo Henríquez.

Desde entonces, cuidada inteligentemente por hombres de tan claro talento, de tanta vocación y de tan alto espíritu como don Francisco García de Eudoro, don Vicente Arlegui, don Ramón Briccio y don Luis Montt; incrementada constantemente por las disposiciones de leyes previsionales como la de imprenta y la de propiedad literaria, enriquecida con los canjes extranjeros, cuyo servicio estableció el Gobierno anexo a ello por indicación del señor Briccio; convertida en el archivo más vasto y más auténtico de nuestra vida colonial y nacional y en la fuente más rica de nuestra historia, por la agregación de colecciones valiosísimas y completas de documentos inéditos oficiales y extra-oficiales, ha ve-

nido constituyendo un testimonio elocuente de nuestra cultura, una demostración palpable y visible del espíritu de orden y de respeto a las instituciones públicas que ha caracterizado nuestra vida republicana.

Si la Biblioteca puede responder de un modo inmediato y completo a todas estas demandas, que tomo al azar de entre las muchas que llegan, ¿no es verdad que habrá contribuido en algo a salvar una industria o crear otra, a perfeccionar la mano de obra, a resolver un problema vital de interés público? ¿No es verdad que habrá contribuido no sólo a la instrucción, sino también al bienestar y a la prosperidad del país?

Los ejemplos pueden multiplicarse hasta lo infinito, y ellos prueban cuánto vale para la vida nacional la existencia de un gran centro de informaciones, universal, organizado, expedito, rápido. Son muy pocos los privilegiados que han podido recibir en las aulas justamente la preparación que después han de requerir para el desarrollo eficiente de su actividad en el campo que el azar de la vida les depare. La gran mayoría de los hombres han menester adquirir por medio de la lectura o del estudio posteriores, en vista de un apremio inmediato, conocimientos cuya necesidad no pudieron prever en sus años juveniles.

En la exposición de motivos del proyecto de ley belga para crear la Biblioteca Postal Internacional, se registran las siguientes sabias y acertadas consideraciones: "La lectura regular de aquellos libros que a cada cual suministran informaciones frescas, abundantes, tomadas en las mejores fuentes y en las más reputadas obras, ha llegado a ser una necesidad general en las sociedades modernas. "La experiencia demuestra que esa necesidad sólo puede ser satisfecha organizando la lectura como un servicio público. "Constituye, en efecto, un peligro público el ocio que no encuentra sino placeres degradados y fúnebres, o el trabajo que se mantiene rutinario y, en consecuencia, inútil o embarazoso; constituye un peligro público la ignorancia del rico, que, por el empleo torpe de su fortuna y el poder que posee de hacer trabajar a los demás, multiplica el peligro de su propio incompetencia."

Pero no es sólo, señores, la información amplia y abundante, útil a todos, al capitalista como al obrero, al industrial como al hombre público, al historiador como al artista, lo que constituye la importancia trascendental de las grandes Bibliotecas. A sus funciones tradicionales de conservación y difusión de la cultura, pueden agregar otra, aún más noble, aún más prolífica: la de estimular la producción intelectual, fertilizar el campo literario, promover las investigaciones científicas, proporcionar instrumentos de trabajo y ambiente propicio a los hombres de estudio. ¿Cuántos investigadores, aún en el terreno de las ciencias experimentales, que parecen fruto sólo del laboratorio, han fracasado por falta de facilidades bibliográficas, por falta de conocimientos de trabajos anteriores o coetáneos, que habrían podido ponerles en la verdadera senda! ¿Cuántos otros han perdido un tiempo precioso, y largos y penosos esfuerzos, en duplicar investigaciones que ya estaban hechas o que avanzaban rápidamente en otras manos!

La organización cooperativa del trabajo, el intercambio constante de datos y resultados, la distribución de las labores en conformidad a las aptitudes, han venido produciendo frutos tan admirables en el terreno científico como en el cambio industrial. Las Bibliotecas, con sus seminarios o salas de investigación, con sus catálogos y bibliografías constantemente renovadas, con sus revistas y sus sistemas de canjes e intercambio de publicaciones, pueden constituir centros de cooperación intelectual de resultados incomparables para el progreso de las ciencias puras o aplicadas, de las artes y de las industrias. Algo de eso fué, señores, hace veintidós siglos, la Biblioteca de Alejandría. En el corazón de la gran metrópoli greco-egipcia, bajo la protección del maravilloso y excelso faro, cuyo blanco mármol se teñía de rosa a los rayos del sol poniente; en medio de los grandes monumentos alejandrinos, del palacio real, de la tumba de Alejandro, del templo de Poseidón, de los obeliscos de Cleopatra, alzabase inmenso edificio rodeado de columnatas y peristilos adonde acudían los habitantes de todas las ciudades, incluso los reyes, para cambiar ideas, para escuchar la palabra elocuente de los retóricos, la repensada de los filósofos, la provechosa de los astrónomos, matemáticos, geógrafos y naturalistas. Setecientos mil volúmenes formaban el núcleo de la Biblioteca. Legiones de políglotas se ocupaban en traducir los rollos escritos en hebreo, en sánscrito, en caldeo; legiones de escribientes en copiar las obras que no se podían adquirir a pesar de las órdenes reales a los bibliotecarios, pa-

ra comprar todo libro de que tuviesen noticia. Anexo a la Biblioteca funcionaba el Museo, con sus colecciones de arte y ciencia, laboratorios, salas de disección, observatorio astronómico, jardines zoológicos y botánicos. Y por todo aquel conjunto maravilloso de establecimientos, pululaban cientos mil estudiantes venidos de todas partes del mundo y centenares de sabios que tenían allí su hogar y dedicaban la vida entera a investigaciones de tanta trascendencia como las de Euclides y Eratóstenes, Calímaco y Aristarco. Aquella Biblioteca fué sólida base de la grandeza de Egipto, foco central de luz del mundo greco-romano, lazo de unión entre las civilizaciones de Oriente y de Occidente, primer campo de aplicación de los métodos inductivos y experimentales; la precursora milenaria, en consecuencia, de las maravillas científicas e industriales de nuestros días. Ella constituyó una prueba secular e inolvidable de lo que vale un establecimiento de esta especie para el progreso de un pueblo y para el bien de la Humanidad.

Señores: la Biblioteca Nacional de Chile, al celebrar el centenario de su fundación, al recibir de los Poderes Públicos un terreno propio que será su hogar definitivo después de haber vagado de casa en casa durante un siglo; al sentir cómo empieza a cristalizar en realidad material la antigua aspiración de dar vuelo y amplitud a sus servicios, sin sentirse estrangulada por la estrechez de un predio inadecuado; al ver cercano y ya casi tangible el ideal de su unión con el Museo Histórico y los Archivos Nacionales en un vasto centro de cultura, evocador de leyendas y de recuerdos patrios, conservador de la tradición social y cívica del país, dedicado a difundir el amor por lo más bello y lo más útil que a producido el pensamiento humano, refugio sereno de meditación y de estudio, en medio de jardines, cabe la legendaria Cañada y al pie del histórico Huélen; la Biblioteca Nacional, que tiene hoy como huéspedes de honor a los representantes de los más altos Poderes del Estado y a los de la opinión, de la mentalidad y del trabajo en sus más brillantes manifestaciones, contrae ante ellos el compromiso solemne de devolver en actividad, en iniciativa y en servicios al país, si es posible, ciento por uno de los sacrificios que por su adelanto se impone la Nación y de la magnánima clarividencia con que la protegen sus gobernantes.

El señor J. Agustín Barriga La Biblioteca Nacional de Chile celebra hoy el centésimo aniversario de su fundación poniendo la primera piedra del magnífico edificio que ha de albergar en adelante el precioso archivo de la cultura patria. Fundada por una disposición suprema de la Junta Gubernativa, el 19 de Agosto de 1813, nacida al soplo de las primeras auras de libertad que salieron al advenimiento de la nueva República, la historia y la vida de la Biblioteca se confunden desde su origen con la vida y la historia de la sociedad chilena. Modesta en sus principios, como eran modestos los recursos de la apartada colonia que en 1810 había proclamado su independencia ante las naciones civilizadas, la Biblioteca se ha desarrollado paralelamente al progreso general de la República, incrementando poco a poco su acervo primitivo, hasta llegar a la enorme cifra de ciento ochenta mil volúmenes, que hoy ostenta con orgullo en su catálogo oficial.

Nadie ignora en nuestro país los grandes servicios que una institución de este género ha prestado hasta ahora y está llamada a prestar en el futuro como elemento indispensable de educación y hogar propicio a los estudios graves y apacibles que dignifican la vida, rezojan el alma y despiertan a veces la vocación literaria en muchas inteligencias que vejetaban obscuramente en la ignorancia de sus propias facultades.

No es ésta, sin embargo, la principal función de una Biblioteca organizada especialmente para servir a los estudios de investigación, sin el auxilio de los cuales se haría punto menos que imposible la tarea del historiador moderno. Más que en las obras de consulta ordinaria o en los libros de mera recreación que forman casi toda la lectura de los contemporáneos, la riqueza de una Biblioteca Nacional debe cifrarse en las obras fundamentales y colecciones erráticas que constituyen el verdadero tesoro del investigador. En esos viejos y empolvados libros que nada dicen al vulgo ignorante, pero que arrojan raudales de luz al ojo del sabio, vive y alienta, señores, el alma toda de la República. Ellos formaron la educación y modelaron el espíritu de nuestros viejos patriotas y en ellos ha de buscarse la oculta semilla de nuestras grandes evoluciones socia-

les y políticas. ¿Cómo explicar, por ejemplo, la candorosa ideología y el ardor revolucionario de un Camilo Henríquez sin conocer la literatura de propaganda, abierta o clandestina, que de Francia, Inglaterra y de España misma, había llegado hasta los frailes de la Buena Muerte? ¿Cómo prescindir de la filosofía humanitaria y la retórica sentimental del siglo XVIII para juzgar las obras del Boscio americano que en los presidios de Juan Fernández consolaba su destierro y sus cadenas con las dulces meditaciones del creyente y las ingenuas teorías del moralista empeñado en la reforma social? ¿Dónde encontrar la fuente de información indispensable para estudiar las doctrinas sociales y políticas de don Mariano Egaña, si no acudimos a la admirable Biblioteca que lleva su nombre y que el Estado adquirió en 1846 para cumplir un voto de la nación, en homenaje a la memoria del insigne estadista? ¿Qué testimonio más elocuente para fijar la fisonomía moral de aquel espíritu precursor y sagaz, destinado a encauzar los rumbos de la sociabilidad chilena, dando al país las leyes civiles que necesitaba y la base constitucional que el rigor de los tiempos imponía al legislador y al hombre de Estado?

No es un secreto para vosotros que el ilustre Bello, cuando los azares de la Revolución le obligaron a aceptar la hospitalidad chilena, era ya el escritor eminente del *Repertorio Americano*, el gramático innovador que había estudiado a fondo la contextura ideológica de la lengua, el poeta descriptivo que había cantado en versos de primorosa factura los esplendores y los frutos de la Zona Tórrida, más no era todavía el juriscónsulto ni el legislador consumado que sólo debía revelarse muchos años después, cuando el Gobierno del General Bulnes le confió la redacción del proyecto de Código Civil; ¿Cuán to pudieran decirnos aquellos viejos y amarillentos volúmenes in-folio, sobre los cuales estuvo tantas veces inclinada la venerable cabeza del maestro! ¿Qué enorme suma de trabajo, qué paciente labor, qué método seguro de investigación y de crítica, para dar forma definitiva y entregar al juicio de la posteridad esa obra maestra en que los preceptos de ley parecen dictados en sentencias lapidarias por la sabiduría de Roma y vertidos a nuestra clásica lengua con la pluma de oro de Jovellanos!

Grande es, sin duda, señores, la importancia de la arqueología para reconstituir el pasado histórico de un pueblo o de una raza; pero el alma de las sociedades que fueron, la vida del espíritu que informaba su ser moral, revive intacta en sus bibliotecas, desde el sarcófago de piedra en que los pueblos primitivos guardaban los libros sagrados de la ciencia sacerdotal, hasta esas monumentales colecciones que las grandes capitales modernas exhiben hoy a la admiración del viajero extranjero. Ellas conservan la tradición escrita y mantienen a través de los siglos la perfecta continuidad del pensamiento humano. Cada generación que pasa va dejando en ellas sus ideales y transmitiendo a las que llegan el resultado de su experiencia y sus trabajos y las noticias que los sabios de su tiempo alcanzaron a reunir sobre los grandes problemas del universo y de la vida. La biblioteca es al museo histórico, lo que el alma al cuerpo del hombre: el principio formal que lo anima interiormente e imprime a sus obras sello de inmortalidad.

Bien lo sabía aquel terrible Califa del Oriente que, después de haber subyugado cinco naciones y destruido trescientas ciudades, mandó incendiar la Biblioteca de Alejandría, para que en frente del Corán y sus divinos preceptos no quedara vestigio alguno de la expirante civilización greco-latina. Guardemos, pues, con celosa avaricia esos tesoros de la riqueza pública en lo que ella tiene de más elevado, de más seguro e impercedero; guardémoslos con amor y con respeto e inspíremos a la juventud, al par del entusiasmo de los antepasados, la afición a este género de estudios, que es hasta hoy privilegio de unos pocos eruditos; despertemos en ella el espíritu de investigación diligente y metódica para alejarla de los trabajos superficiales y de los triunfos efímeros que sólo atraen cuando se ignoran o menosprecian las fuentes originales de la investigación positiva.

Sigamos con interés y estimulados, si es posible, sus trabajos con alguna recompensa proporcionada a su mérito, para que, renunciando a los placeres vulgares, busque más nobles y más seguras satisfacciones en el cultivo de las riquezas que no perecen. El Supremo Gobierno, que presta ahora mismo justificada atención al problema económico, no puede ignorar ni ignorar seguramente la importancia que tienen los factores morales en la formación de estas crisis periódicas y el provecho que puede sacarse de ellos como instrumento adecuado para derivar la corriente de los malos hábitos en la vida social: la sed de lucro, el espíritu de derroche, la fiebre de especulación que aleja al hombre del trabajo fecundo y al capital de sus fuentes productoras. La juventud ama por natural instinto la vida y quiere apurar sus gozos con la febril impaciencia del que no sabe todavía el doloroso secreto de la felicidad humana.

Ve desde lejos los esplendores de la riqueza; a su modesto albergue de estudiante llegan los ecos de las fiestas sociales embellecidos por la ilusión de la distancia; oye las alegrias de un banquete al que no ha sido invitada; el murmullo incesante de la adulación cortesana que rodea a los grandes señores de la moderna plutocracia; la agitación de la gran ciudad; el fantástico rodar de los carruajes precedidos de sus luces fulgurantes; la vibración intensa del placer difundida en la atmósfera, y las músicas triunfales que anuncian la llegada de un nuevo vencedor en la carrera vertiginosa de la ambición de la fortuna.

Y cuando vuelve los ojos a la pobreza y obscuridad que le rodea, un grito de angustia se escapa de su corazón humillado y allá en el fondo de su mente enardece, de las entrañas mismas, de su ser, surge una idea terrible, imperiosa y fatal como un juramento que va a decidir en un instante el porvenir de su vida entera: ¿ser rico a toda costa!

(Grandes aplausos.)

Hora es ya de modificar los rumbos, devolviendo a la inteligencia sus fueros y reclamando para ella la consideración y el respeto que cabe a las naciones, ya que la gloria de sus grandes hombres forma parte de su patrimonio intelectual y moral.

Ni Bello ni Portales debieron nada a la fortuna que muchas veces les fué contraria; y, sin embargo, señores, ¿quién no se inclina respetuoso y lleno de gratitud ante sus sombras venerandas? Volvamos a la senda que ellos trazaron y que nosotros hemos perdido por un falso concepto de la jerarquía humana.

fundado en valores que no resisten al análisis y que a veces basta para disipar el más ligero contraste de la fortuna adversa.

La presencia en este sitio del Primer Magistrado de la República es un principio de buen augurio en el camino de esta reñecida que se inicia, de esta reñecida necesaria, si queremos salvar a la juventud que es el porvenir y conservar nuestro antiguo prestigio en el concierto de las naciones.

Base de la nueva era sea esta piedra fundamental del santísimo edificio que va a levantarse para guardar en monumento digno de ellas el nobilísimo archivo de la historia y de las letras nacionales. Una feliz inspiración del artista encargado de levantar el plano de la nueva Biblioteca ha querido que en este sitio consagrado hasta hoy a la oración y al silencio, venga a realizarse una antigua aspiración que el príncipe de los oradores romanos solía formular en sus diálogos familiares: el ideal de la vida humana, — decía, — es una Biblioteca en un jardín. (Aplausos.)

Yo hago votos, señores, por que la juventud chilena haga suya esta hermosa sentencia de Cicéron, que, si a todos no es dado llegar a las cumbres de la elocuencia política, ni es fácil empresa la de escribir las Catilinas o el tratado De Re Publica, siempre es honroso seguir las huellas de tan insigne maestro, ser admitido en el número de sus discípulos y oír de cerca las enseñanzas inmortales que brotan de sus labios, como la miel de Himeto en los jardines sagrados de la clásica antigüedad. (Grandes aplausos.)

Balneario de Constitución HOTEL INTERNACIONAL

Se piden propuestas para el arrendamiento de este conocido y acreditado establecimiento, situado en Constitución, calle Bulnes N.º 29. Para bases y demás antecedentes, dirigirse al señor U. Espejo, Casilla 306. Santiago.

Puertas y Ventanas TALLER AMERICANO MANUEL RODRIGUEZ, 964

Se hacen instalaciones de Oficinas, Tiendas y Almacenes. También ejecuta todo trabajo por planos. AROSTEGUI Hnos. 2197-2835

José Francisco Gómez S. ABOGADO CORREDOR DE LA BOLSA DE COMERCIO

Compra y venta de acciones, bonos, etc., propia lista, transacción de préstamos. TELEFONO 712—OFICINA HUERTAS 1173—CASILLA 1111 501550—

BLANQUEO EL MAS BARATO

No olviden que el único parecido a la pintura al óleo es el que se consigue con la Cal de Carburo de Calcio SE VENDE EN TARROS GRANDES Y CHICOS

Co. de Gas Acetileno Agustinas, 1067 Fontecilla 268 6747-4912

Botica y Droguería "San Ignacio" DE C. SANDOVAL CH., Farmacéutico Alameda esquina San Ignacio

Abierta permanentemente de 7 1/2 de la mañana a 12 de la noche. Días Domingo y festivos abierta hasta las 12 1/2 de la noche. OXIGENO PURO A TODA HORA

EL FAMOSO TE de la INDIA "MAHARANEE"

Se vende donde

MANUEL CAPURRO

ALMACEN SAN LUIS

Teatinos esq. Santo Domingo SANTIAGO

MAS DE UN MILLON VENDIDOS



M. DE F.R. ARCHIVADORES SUECOS TENGWALL

EL MEJOR FOLIADOR DE CARTAS QUE EXISTE

Unicos Agentes:

HOLMGREN Hnos.

IMPORTACION SUECA

AHUMADA, 142 CASILLA 2738 6276

Eugenio Pantaleón F. ARQUITECTO

Construcciones por contrato o por administración. Edificios de cemento armado. Pisos y techumbres del mismo material.

Oficina: Catedral, 1474 De 9 a 12 y de 3 a 6